

vaina, se acercó al grupo que estaba en medio del camino, y esperó á que le preguntasen.

— Señor de Talhoüet, dijo el marqués con el tono de un hombre que ha adquirido ó recibido el derecho de mandar, vigilad á nuestro alrededor para que nadie se aproxime sin nuestra noticia.

Talhoüet obedeció al momento, describiendo con su caballo un extenso círculo en torno del grupo, y no cesando de dirigir la vista y el oído á todos lados para dar cumplimiento á lo que le estaba encomendado.

— Y ahora, añadió el marqués de Pontcalec montando á caballo, apaguemos la linterna, puesto que ya hemos hallado á nuestro hombre.

— Señores, dijo entonces Chanlay, permitidme que os diga que me parece muy extraño lo que está pasando en este momento. Según veo, es á mi á quien seguáis, á mi á quien buscabais; decís que me habéis hallado y que podéis apagar la linterna: ¿qué significa esto? Si es una broma, confieso que la hora y el sitio son poco á propósito...

— No, caballero, replicó el marqués de Pontcalec con su tono seco y duro; no es una broma, sino un interrogatorio.

— ¡ Un interrogatorio ! exclamó Chanlay frunciendo el ceño.

— Es decir, una explicación, añadió Montlouis.

— Interrogatorio ó explicación, repuso Pontcalec, poco importa. Las circunstancias son muy graves

para que nos detengamos en palabras : interrogatorio ó explicación, lo mismo da ; el caso es que respondáis á nuestras preguntas, señor de Chanlay.

— ¿ Sabéis que mandáis con dureza, señor marqués ?

— Si mando es porque tengo derecho para ello. Vamos á ver, ¿ soy ó no vuestro jefe ?

— Sí, lo sois ; pero esto no es una razón para que faltéis á las consideraciones debidas á un caballero.

— ¡ Ah, señor de Chanlay, señor de Chanlay ! creo que todas esas dificultades no son más que evasivas. Habéis jurado obedecer, y estáis obligado á cumplirlo.

— He hecho juramento de obedeceros, pero no como un lacayo.

— Pero si como un esclavo ; obedeced pues, ó de lo contrario sufriréis las consecuencias de vuestra desobediencia.

— ¡ Señor marqués !...

— Vamos, querido Gastón, repuso Montlouis; habla, yo te lo ruego ; cuanto más pronto mejor. Con una palabra puedes quitarnos todo motivo de sospecha.

— ¡ Todo motivo de sospecha ! repitió Gastón pálido y trémulo de cólera : ¿ sospecháis acaso que os hago traición ?

— Cabalmente, replicó Pontcalec con su ruda franqueza. ¿ Creéis que si no fuese así nos habría-

mos divertido en seguiros con un tiempo como este?

— ¡ Oh ! entonces es diferente, marqués, respondió Gastón con frialdad ; decidme en qué os fundáis ; ya os escucho.

— Caballero, recordad los hechos : nosotros cuatro conspirábamos unidos ; no solicitamos vuestro apoyo ; vos vinisteis á ofrecérsosle, diciendo que además del bien general á que queriais contribuir, teniais una ofensa particular que vengar. ¿ No es cierto lo que digo ?

— En efecto.

— En seguida os recibimos y fuisteis acogido por nosotros como un amigo, más diré, como un hermano ; os dimos parte de todas nuestras esperanzas, os confiamos todos nuestros proyectos ; hay más : habéis sido elegido por la suerte para dar el golpe más útil y más glorioso. Cada uno de nosotros os ha ofrecido tomar á su cargo vuestra comisión, y vos habéis rechazado nuestras ofertas ; ¿ no es así ?

— Hasta ahora, marqués, no habéis pronunciado una sola palabra que no sea la pura verdad.

— Ahora bien : esta mañana hemos echado suertes ; esta noche debíais estar en camino para Paris... En vez de esto, ¿ dónde os hallamos ? ¡ En el de Clisson, donde se anidan los más encarnizados enemigos de la independencia bretona, donde mora el mariscal de Montesquieu, nuestro mortal adversario !

— ¡ Bah ! bah ! señor marqués, exclamó desdeñosamente Gastón.

— Contestad con palabras claras y no con sonrisas de desprecio ; responded, señor de Chanlay, os lo mando ; responded.

— Por favor, Gastón, añadieron á la vez de Couëdic y Montlouis ; por favor, responde.

— ¿ Y qué queréis que os diga ?

— Explicanos tus frecuentes ausencias de dos meses á esta parte, el misterio en que envuelves tu vida negándote á asistir una ó dos veces por semana á nuestras reuniones nocturnas. Gastón, te lo confesamos sin rodeos ; esos misterios y esas ausencias nos han inquietado. Una palabra, Gastón, y nos tranquilizaremos.

— Ya veis que os confesabais culpable, caballero, puesto que os escondiais en vez de continuar vuestro camino.

— No proseguía mi camino, porque se me había herido el caballo, según el rastro de sangre que habréis podido observar en la nieve.

— Pero, ¿ por qué os ocultabais ?

— Porque quería saber ante todo quiénes eran los que me perseguían ; ¿ no debo temer también que me prendan lo mismo que á vosotros ?

— En fin, ¿ á dónde ibais ?

— Si hubieseis pasado adelante y seguido mis huellas, como lo habéis hecho hasta aquí, habríais visto que no era á Clisson.

— Mas, á París tampoco.

— Señores, os suplico que no desconfiéis de mí, y que respetéis mi secreto: es un secreto de joven, un secreto en que se halla comprometido mi honor, y todavía más, el de otra persona; acaso no sabéis hasta qué punto, tal vez exagerado, llevo la delicadeza en estas materias.

— Luego, ¿ es un secreto de amor? dijo Montlouis.

— Sí, señores, y de primer amor, añadió Gastón.

— Esas son excusas, repuso Pontcalec.

— ¡ Marqués! repitió Gastón con altivez.

— Y no es mucho decir, amigo mio, replicó de Couëdic. ¿ Cómo hemos de creer que vas á una cita con un tiempo tan perverso, y que el lugar de esta no es Clissón, cuando si se exceptúa el convento de las Agustinas, no hay una sola habitación en dos leguas á la redonda?

— Señor de Chanlay, dijo el marqués de Pontcalec en extremo agitado, habéis hecho juramento de obedecerme como á jefe, consagrándoos en cuerpo y alma á nuestra santa causa: señor de Chanlay, el asunto que hemos emprendido es grave; por él jugamos la libertad, los bienes, la cabeza y lo que vale más que todo esto, el honor. ¿ Queréis responder clara y categóricamente á las preguntas que voy á dirigiros en nombre de todos, contestando á ellas de un modo que no nos quede duda ninguna? Sino, señor de Chanlay, á fe de caballero

y en virtud del derecho de vida y muerte que libre y espontáneamente me habéis dada sobre vos mismo, os salto de un pistoletazo la tapa de los sesos.

Un triste y profundo silencio siguió á estas palabras: ni una voz se levantó para defender á Gastón: fijó la vista en sus amigos, y éstos apartaron de ella sus ojos.

— Marqués, dijo entonces Chanlay con voz conmovida, no solamente me insultáis sospechando de mí, sino que me herís en lo más íntimo de mi corazón, afirmando que no puedo destruir vuestras sospechas sino revelando mi secreto. Mirad, añadió rasgando una hoja de su cartera y escribiendo en ella algunas palabras con lápiz, en esta mano tengo el secreto que queréis saber, y en esta otra una pistola amartillada; elegid: ó me dáis una satisfacción del ultraje que me habéis hecho, ó á mi vez os juro por la fe de caballero, que introduzco en mi cabeza la carga que contiene la pistola. Cuando haya muerto abriréis mi mano y leeréis lo que dice este papel; y entonces comprenderéis que no había dado lugar á que tuvierais de mí semejantes sospechas.

Dicho esto, Gastón acercó la pistola á sus sienes con aquella fria resolución que indica que los hechos van á seguir á las palabras.

— ¡ Gastón! ¡ Gastón! exclamó Montlouis, mientras que de Couëdic le asia el brazo... ¡ detente

en nombre del cielo! Marqués, lo haría como lo dice: perdonadle, y nos lo dirá todo. ¿No es verdad, Gastón, que descubrirás ese secreto á tus hermanos, cuando te supliquen que se lo reveles en nombre de sus esposas y de sus hijos?

— Ciertamente, dijo el marqués, ciertamente que le perdono y le amo. ¡Pardiez! ¡bien lo sabe él! Que nos pruebe su inocencia, y al momento le doy todas las satisfacciones que quiera: pero, ¡antes, nada! Es joven, está solo en el mundo; no tiene como nosotros mujer, madre ó hijos cuya felicidad y cuyo bienestar exponga; no arriesga más que su vida, y hace de ella el caso que suele hacerse á la edad de veinte años; pero con su vida juega la nuestra... y sin embargo, que diga una palabra, que presente una justificación por sencilla que sea, y soy el primero que le abro mis brazos.

— Pues bien, marqués, dijo Gastón después de algunos instantes de silencio, seguidme; vuestro deseo quedará satisfecho.

— ¿Y nosotros? preguntaron de Couëdic y Montlouis.

— Venid también; sois caballeros, y lo mismo arriesgo confiando mi secreto á los cuatro que á uno solo.

El marqués llamó á Talhoüet, que durante aquella conversación había permanecido de centinela, el cual fué á reunirse al grupo, siguiendo al caballero

sin hacer la más mínima pregunta acerca lo que había pasado.

Los cinco individuos continuaron su camino, pero con más lentitud, porque el caballo de Gastón seguía cojeando. El caballero que servía de guía les condujo al convento que ya conocemos. Al cabo de media hora llegaron á las márgenes del pequeño río. Gastón se detuvo á diez pasos de la verja diciendo:

— Aquí es.

— ¡Cómo! ¿en ese convento de Agustinas?

— Aquí mismo, señores; hay en ese convento una joven á quien amo desde que la ví hace un año en la procesión del Corpus en Nantes; ella también reparó en mí, la seguí é hice llegar á sus manos una carta.

— Pero, ¿cómo os componéis para verla? preguntó el marqués.

— Cien luises han puesto de mi parte al jardinero; me ha dado otra llave de esta verja, y en tiempo de verano llevo en una barquilla hasta el pie de las tapias del convento. Á diez pies de la superficie del agua hay una ventana desde donde ella me aguarda. Si la noche fuese más clara podríais distinguirla, pues á pesar de la oscuridad yo la veo.

— Si, ya entiendo cómo lo haréis en verano, replicó el marqués: pero en este tiempo la barca no puede llegar hasta allí á causa de los hielos.

— Es cierto, mas la costra de éstos hace para mí el mismo efecto: esta noche iré andando por el hielo; tal vez se quiebre bajo mis pies, y me hunda; tanto mejor, porque entonces espero que vuestras sospechas se hundirán conmigo.

— ¡ Ah ! me quitas de encima un enorme peso, dijo Montlouis! Pobre Gastón, ¡ qué satisfacción me causas ! porque no habrás olvidado que de Couëdic y yo hemos respondido de ti.

— ¡ Ah caballero ! exclamó el marqués, perdonadnos y abrazadme.

— Con mucho gusto, marqués, pero habéis destruido una parte de mi felicidad.

— ¿ Cómo ?

— Sí, yo quería ser solo en saber que amaba; ¡ tengo tanta necesidad de ilusión y de valor !... ¿ No voy á dejarla esta noche para no volver á verla jamás ?

— ¡ Quién sabe, caballero ! ¡ me parece que tenéis pocas esperanzas en el porvenir !

— Bien sé lo que digo, amigo mío.

— Si vuestro objeto tuviese buen éxito, entonces la Francia os debería su libertad, y vos seriais dueño de cuanto os agradase.

— ¡ Ah ! marqués, el beneficio sería para vos; en cuanto á mí, tengo ya fijada la suerte.

— Vamos, caballero, valor. Pero entretanto permitidnos que os veamos maniobrar un poco en vuestras empresas amorosas.

— ¡ Aun desconfiáis, marqués !

— Siempre, querido Gastón: desconfío hasta de mí mismo; además, habiéndome hecho el honor de nombrarme jefe vuestro, toda la responsabilidad pesa sobre mí. Debo, pues, vigilaros á todos.

— En ese caso, mirad: tengo tanta prisa por llegar al pie de esa pared, como vos de verme allí: no os haré esperar mucho tiempo.

Terminadas estas palabras, Gastón ató su caballo á un árbol. Merced á una tabla atravesada sobre el río y que servía de puente, abrió la verja, y habiendo seguido algún rato la empalizada á fin de alejarse del sitio en que la corriente impedía la congelación, puso un pie sobre el hielo, que produjo un crujido sordo y prolongado.

— ¡ En nombre del cielo ! exclamó Montlouis en voz baja, Gastón, no seas imprudente.

— Me confío á la Providencia, respondió éste. Mirad, marqués.

— Gastón, repuso Pontcalec, os creo, os creo.

— Eso redobla mi valor, dijo Chanlay.

— Una sola palabra, Gastón; ¿ cuándo marcharéis ?

— Mañana á estas horas, marqués, habré andado ya probablemente veinticinco ó treinta leguas en dirección de París.

— Ea, volved y os abrazaremos.

— Con mucho gusto.

Gastón volvió, y los cuatro amigos le abrazaron cordialmente: después esperaron hasta que llegase al término de su peligroso viaje, prontos á socorrerle si le sucedía alguna desgracia en la travesía.

II

De como la casualidad coordina algunas veces las cosas de modo que parecen providenciales.

Sin fijar la atención en los fuertes crujidos que daba el hielo, producidos por el peso de su cuerpo, prosiguió Gastón osadamente su camino, porque á medida que se aproximaba, veía que las lluvias del invierno habían aumentado las aguas del pequeño lago, y que más elevado éste, desde el pie de la pared indudablemente alcanzaría á la ventana; idea que le hacía palpar de gozo el corazón.

Nose engañaba: llegado al término de su camino, juntó las manos acercándoselas á los labios, imitó el grito del mochuelo y la ventana se abrió.

Al mismo tiempo, en dulce recompensa del peligro que había corrido, vió aparecer la encantadora cabeza de su amada á la altura de la suya, mientras que una mano delicada y de un calor agradable procuraba encontrar la del caballero. Esta era la primera vez: Gastón cogió aquella mano con transporte y la cubrió de besos.

— Gastón, ¡ al fin habéis venido sin barquilla y